

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXIV

Banco de España



C. S. I. C.
1987
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXIV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1987

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	9
ESTUDIOS	
Arte	
La colección de cuadros de las Dominicas de Loeches, por <i>M^a del Carmen Pescador del Hoyo</i>	13
Nuevos datos para el estudio del Monasterio de la Encarnación, por <i>Trinidad de Antonio Sáez</i>	53
La Casa-Palacio de los cinco Gremios Mayores de Madrid, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	61
Matías Román y la Capilla de San Fausto en la Iglesia Parroquial de Mejorada del Campo (Madrid), por <i>José Luis Barrio Moya</i>	73
Aportaciones documentales a la figura del arquitecto Jaime Marquet y su obra en Aranjuez, por <i>Pilar Nieva Soto</i>	79
La transacción inmobiliaria del Palacio del Marqués de Salamanca, por <i>Carmen Giménez Serrano</i>	105
El cementerio general del Sur o de la Puerta de Toledo, obra del arquitecto Juan Antonio Cuervo, por <i>Carlos Saguar Quer</i>	111
Beneficencia	
Asistencia a los pobres y caridad en Madrid en la segunda mitad del siglo xv, por <i>Juan Ramón Romero Fernández-Pacheco</i>	123
La beneficencia en Madrid a principios del siglo xix. El plan de beneficencia de Fernando VII, por <i>Florentina Vidal Galache</i>	133
Biografía	
Una madrileña polifacética en Santa Clara de Lerma: Estefanía de la Encarnación, por <i>M.^a Isabel Barbeito Carneiro</i>	151
Enseñanza	
Origen de la enseñanza técnica en Madrid: el Colegio Politécnico, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	167
Fiestas y costumbres	
Ganaderos de bravo naturales o vecinos de Madrid (1607-1874), por <i>Francisco López Izquierdo</i>	175
Historia	
De la «Laguna» a la Plaza Mayor. La Plaza del Arrabal, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	203
La Real Casa de Geografía de la Corte y el comercio ultramarino durante el siglo xviii, por <i>Pilar Corella Suárez</i>	217
Industria y comercio	
Los Maestros Doradores madrileños y sus ordenanzas, por <i>Inocencio Cadiñanos Bardeci</i>	239

	<u>Páginas</u>
Aportación al estudio de las exposiciones industriales: la Exposición Nacional de Minería (Madrid, 1883), por <i>José Sierra Álvarez</i>	253
Literatura	
La mujer madrileña en Don Ramón de la Cruz: Literatura y realidad, por <i>Ana M.^a Hidalgo Ogúyar</i>	269
El estreno de «El Barberillo de Lavapiés», por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	287
Medio físico	
Algunos procesos históricos y sociológicos en el espacio de la Comunidad de Madrid que han configurado la comunidad histórica, por <i>Adolfo Cazorla, Antonio García Abril e I. Otero</i>	295
Aspectos generales de los estudios del medio físico. La Comunidad de Madrid, por <i>Rafael Escribano Bombín y Pedro Cifuentes Vega</i>	315
El encinar en la Comunidad de Madrid, por <i>Antonio Díaz Segovia, Eugenio Martínez Falero y Angel Ramos Fernández</i>	319
El melojar (<i>Quercus Pyrenaica</i> Willd) en la provincia de Madrid, por <i>M.^a Paz Aramburu Maqua, Víctor Castillo Sánchez y Leopoldo Yoldi Enríquez</i>	329
Periodismo	
Tratamiento de la prensa de Madrid a la información regional y alternativas, por <i>Margarita Jiménez</i>	347
Provincia	
Madrid: Villa, Villa y Corte, y doble capital, por <i>José M.^a Sanz García</i>	369
Apunte Geográfico-Económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1725 (V), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	381
La cofradía penitencial de la Vera Cruz en la tierra de Buitrago, desde el siglo xvi, por <i>Matías Fernández García</i>	405
Servicios urbanos	
Limpieza y empedrado en el Madrid anterior a Carlos III, por <i>Matilde Verdú Ruiz</i> . ..	417
La instalación del gas en Madrid (1832-1856), por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	445
Los primeros alumbrados eléctricos municipales en París y Madrid. Año 1878, por <i>José García de la Infanta</i>	465
Sociología	
La población de un pueblo de las cercanías de Madrid: Carabanchel Alto en el siglo xviii, por <i>Carlos Claudio Sáez</i>	473
Urbanismo	
Un desarrollo tardío del ensanche Norte: El sector occidental del distrito de Chamberí, por <i>Isabel Rodríguez Chumillas</i>	499
La periferia Norte de Madrid en el siglo xix: Cementerios y barriadas obreras, por <i>Elia Canosa Zamora</i>	515
TEXTOS	
Reproducción de un manuscrito inédito sobre la historia del Monasterio de San Jerónimo el Real, de Eguren, por <i>José del Corral</i>	537
BIBLIOGRAFIA	
Impresos curiosos conservados en el Archivo Diocesano de Madrid, por <i>Yolanda Clemente San Román</i>	555

EL ESTRENO DE «EL BARBERILLO DE LAVAPIES»

POR MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS

Corre el año 1874. Madrid, ciudad alegre y confiada, vive entre burlas y veras, una época de inquietudes y sobresaltos políticos, y por consiguiente históricos. Es un fin de siglo, el del XIX, inquietante y de extrema preocupación. Golpes de Estado, pronunciamientos, algaradas, motines, cambios constantes de la situación. Hay una frecuente inestabilidad en el régimen y en los partidos gobernantes, pero no obstante, la idiosincrasia, el carácter, el temperamento del pueblo madrileño tan castizo y tan natural al mismo tiempo se deja llevar por sus aficiones teatrales y crea un ambiente propicio a todas las novedades de los escenarios. Madrid sabe reír y llorar al mismo tiempo. La esencia misma del sainete flota en el ambiente. Los teatros son como el imán que atrae a los espectadores. Madrid es la capital del sainete, de todo ese conglomerado de obras escénicas, con o sin música, que componen el bonito juego del llamado «género chico», estilo teatral comprendido generalmente entre 1880 y 1890.

La serie de nombres de escenarios es larga y de gratisimos recuerdos. Se llamaron *El Recreo*, el de *Variedades*, *Alhambra*, *Príncipe Alfonso*, *Recoletos*, *el Dorado*, *Felipe*, *Martín*, *la Comedia*, *Maravillas*, *Gran Teatro*, *Lirico*, *Novedades* y *Romea*, aunque sin embargo, el llamado «género chico» se desarrolló con permanencia en tres teatros de Madrid, *Apolo*, *Zarzuela* y *Eslava*. Sin embargo, sobre todas las inquietudes y sobresaltos callejeros y de la vía pública sobresale el gesto del público madrileño por el teatro, cada día más en boga y con más admiradores y subalternos.

Se suceden, como es lógico, los diferentes estrenos de los diversos autores que pudiéramos llamar de moda. Ricardo de la Vega, uno de los más significados, como luego lo fue Carlos Arniches, López Silva, Javier de Burgos, Miguel Echegaray, Luis Mariano de Larra, Felipe Pérez y González, Julián Romea, Ramos Carrión, Perrin y Palacios, etc., y músicos de tan destacada nombradía como Bretón, Chueca, Valverde, Jerónimo Jiménez, Chapí, Barbieri, Caballero, To-

rregrosa, Vives, con cuyo prestigio han llegado hasta nosotros con sus obras hoy con la misma lozanía y frescura que el día del estreno.

El 19 de diciembre el teatro de la Zarzuela abre sus puertas para dar ocasión al estreno de la famosa zarzuela en tres actos y en verso «El barberillo de Lavapiés», libro de Mariano de Larra y música de Francisco Asenjo Barbieri, alma y vida con el empresario Francisco Salas de dicho teatro para el que se puso la primera piedra el día 6 de marzo de 1856, que comprendía un solar en la calle de Jovellanos, de 27.702 pies, según planos de los arquitectos Gándara y Guallar, con un aforo de tres mil localidades, inaugurándose dicho teatro de la Zarzuela, el más antiguo de los hoy existentes en Madrid, el 10 de octubre de aquel mismo año de 1856, tanta prisa se dieron para realizar las obras. Barbieri, según nos cuenta Augusto Martínez Olmedilla en su libro «Los teatros de Madrid» fue el alma de todo aquello. Compuso para el acto inaugural una sinfonía para orquesta y banda militar sobre motivos zarzueleros que obtuvo un éxito clamoroso, siendo sacado a escena el autor a instancias del público. Suya es por tanto la honra de haber merecido el primero esta distinción en dicho teatro.

Formaban parte de la Compañía inaugural Carolina di Franco, Amalia Ramírez y Adelaida Latorre; los tenores Manuel Sanz y José Font, el gracioso Vicente Calatañazor, Francisco Salas, que asume el cargo de Director y que estaba casado con la famosa comediente Bárbara Lamadrid, y los cantantes Ramón Cubero, Becerra y Calvet, directores de orquesta, Gaztambide y Oudrid.

Cuando se estrenó «El barberillo de Lavapiés», Luis Mariano de Larra, escritor y autor teatral, había estrenado ya unas cincuenta obras entre las que figura «La oración de la tarde» y que fue erróneamente considerada como un plagio de «El cura de aldea» de Pérez Escrich. El medio centenar de zarzuelas lo fueron con la colaboración musical de los compositores más sobresalientes y aplaudidos de la época, Arrieta, Gaztambide, Marqués, Caballero y Barbieri.

Era Luis Mariano de Larra y Wertolet, hijo del muy famoso y malogrado Mariano José de Larra, conocido por el pseudónimo de «Fígaro». Tal vez por eso Luis Mariano sabía que había de dar todo lo posible de sí, aunque las circunstancias adversas de la muerte de aquél, la cantidad de admiradores apasionados por sus difundidos trabajos periodísticos habían de destacar en su manera de ser, una disposición independista, destacando una melancolía sentimental que le acompañó durante toda su vida. No es raro que heredara de su padre aquel talento que como escritor poseía «Fígaro».

«Chorizos y polacos», «Las campanas de Carrión», «Las hijas de Eva» entre otras obras que le dieron fama y popularidad en el ambiente teatral, sirvieron como contrapunto a su dilatada y diversa obra escénica. Luis Mariano había nacido en Madrid el 17 de diciembre de 1830, en pleno inicio del romanticismo europeo, y murió en su ciudad natal el 20 de febrero de 1901.

Feliz colaborador del maestro Barbieri, ofreció a éste un tema o asunto cuyo desarrollo dio ocasión a varios números musicales que pronto fueron del dominio público. Su argumento se trataba en parte de un motivo que habría de ser histórico; el motín de Esquilache, con un protagonista esencial, Lamparilla, un barbero castizo del barrio madrileño de Lavapiés, donde sucede la pequeña y divertida historia desarrollada en tres actos y en verso.

«El barberillo de Lavapiés» puede decirse que rompió el fuego de los sainetes madrileños con mayor abundancia de motivos líricos, pues si bien «La Gran Vía» se dio a conocer el 2 de julio de 1886 en un teatrillo de verano, el teatro Felipe, del que era Director el popular y gran Felipe Ducazcal, que estaba situado junto a las verjas del Retiro, en la Cibeles, en la parte en que hoy se encuentra el Palacio de Comunicaciones, los otros restantes los que constituyen con «El barberillo de Lavapiés» los cuatro pilares fundamentales del teatro de la época y del género, «La Verbena de la Paloma» se estrenó en Apolo el 17 de febrero de 1894, «Agua, azucarillos y aguardiente», en el mismo coliseo el 23 de julio de 1897, y «La Revoltosa» el 20 de noviembre del mismo año de 1897.

Francisco Asenjo Barbieri había nacido en Madrid, el 30 de agosto de 1823, donde había de fallecer el día 19 de febrero de 1894, en la plaza del Rey, donde hubo de vivir gran parte de su vida.

Accidentada y fatigosa existencia la de Barbieri hasta conseguir no sólo la fama, sino la popularidad y el prestigio con tanto esfuerzo ganados.

Infancia triste. A los catorce años logra ingresar en el Conservatorio donde estudió el piano con Albéniz, el clarinete con Broca, el canto con Saldoni y la composición con Carnicer. Trabajador infatigable y gran amante de la música, dejó más de sesenta obras, entre las que sobresalen «Los diamantes de la Corona», «Pan y toros», «El señor Luis el tumbón o el despacho de huevos frescos», «Jugar con fuego», «El marqués de Caravaca», «De Getafe al paraíso». Su primera obra «Gloria y peluca» fue estrenada el año 1850, desde cuya fecha no dejó de producir y de estrenar su enorme repertorio.

Francisco Asenjo Barbieri, en su vida azarosa y de lucha fue pianista de café, copista, apuntador, maestro de coros, toda ocupación que le permitiera trabajar dentro del ambiente de la música y sus derivaciones.

Aparte de su abundante obra escénica dejó sin terminar «El bolero aflijido» y dio a conocer «Reseña histórica de la zarzuela», «Contestación al maestro Hernando» (1864), «Un estudio preliminar del Don Lazarillo Vizcardi de Eximeno» (1872), «Los últimos amores de Lope de Vega Carpio» (1874), «Las castañuelas» (1876) y «Cancionero musical de los siglos xv y xvi».

Francisco Asenjo Barbieri —nos dirá en un breve pero erudito estudio sobre «El barberillo de Lavapiés» Juan Manuel Puente—, debemos considerarle factor principal del renacimiento musical cumplido en España a mediados del si-

glo XVIII. Sus trabajos de investigación folklórica concluidos antes de la invención de esta palabra, reunidos en el gran volumen del «Cancionero de Palacio» de los siglos XV y XVI sentaron las bases de tal renacimiento. Por añadidura fue también quien organizó los primeros conciertos que merecedores de tal nombre se hayan efectuado en España. Y no conforme con ello contribuyó con su labor personal (y magistral en más de un caso) a la resurrección de la zarzuela, si no del género tal como fuera cultivado durante el «Siglo de Oro», si del término adscrito a la denominación de una obra escénica de ambiente y temática inspirada en el elemento popular español.

La acción de la obra, como se sabe, transcurre durante año tan agitado de 1770, en pleno reinado de Carlos III, el monarca que más contribuyó al engrandecimiento urbanístico de Madrid, y que ha pasado a la posteridad con el nombre de «el rey Alcalde». Cuatro son los personajes principales con los que se desarrolla esta obra: *Paloma*, una costurera vinculada al Madrid de aquella época; la *Marquesita del Bierzo*; *Lamparilla*, el barbero, alma y vida de la obra, protagonista en fin de la misma; *Don Luis de Haro*, prometido de la subsodicha marquesa, el conspirador *Don Juan de Peralta*, y *Don Pedro de Monforte*, complemento en la distribución de papeles, de amoríos y uno más en las intrigas, jolgorios y demás circunstancias que componen la obra.

El primer acto de la Zarzuela, obra y punto de arranque de las diversiones y motivos de diversión, transcurre en los alrededores de El Pardo, en plena celebración de la tradicional romería a San Eugenio, que tiene lugar en el Real Sitio. Al levantarse el telón la escena es una verdadera estampa de Goya, el tapiz «del pelele», que vuela por el aire impelido por manos juveniles, mientras ríen y entonan coplas y canciones los estudiantes y gente del pueblo que llenan el escenario dando brillantez y lucimiento al conjunto. En esta atmósfera de juventud y alegría hace su aparición Lamparilla. La gente murmura y critica, no sin apasionamiento, la actitud adoptada por el marqués de Esquilache —a la sazón ministro de Carlos III— prohibiendo el uso de las capas y los sombreros anchos. Se dividen las opiniones, y se hacen jocosos comentarios, nada favorables para el ministro del rey. Quien se inclina por Grimaldi, quien en sí por el conde de Florida Blanca, quien critica la protección que el soberano presta a Esquilache. En este barullo del gentío hace su aparición en escena Paloma para la que todos los requiebros y piropos son pocos. Los demás personajes van apareciendo para dar lugar a una serie de amores y amoríos, más o menos accidentados y divertidos. Amores y amoríos con un fondo de conspiración que pretende derribar al Gobierno...

El segundo acto, tan movido como el anterior, se desarrolla en la típica plazuela de Lavapiés, donde Lamparilla tiene su famosa barbería conocida en todo el barrio. Ella sirve de escondite y fuga de los conspiradores bien alertados por

Paloma y Lamparilla. En realidad lo que se pretende es que el Rey nombre primer ministro a Floridablanca.

El tercer acto tiene su desarrollo y desenlace, la realidad escénica, en el interior del taller de costura que la bella y pizpireta Paloma tiene en la misma calle de Toledo, que con la de Lavapiés son las dos arterias urbanas más típicas y populares de los respectivos barrios, en cuyo recinto se canta por las oficiales las famosas coplas del «camisón». Las fuerzas Walonas prenden, denunciados por las costureras, a los conspiradores y cuando los cuatro, Don Luis, Paloma, Lamparilla y Marquesa son detenidos, un gran alboroto advierte que el Rey acaba de destituir a Grimaldi, nombrando en cambio, primer ministro al tan deseado Floridablanca. Una gran animación general llena la escena que sirve de pretexto para una especie o a modo de animada apoteosis final, enriquecida con una orquestación y coros, que hacen de «El Barberillo de Lavapiés» una de las más deliciosas comedias enriquecida musicalmente, y que señala el máximo exponente lírico, con números que se han hecho populares. El «preludio», la «jota de los estudiantes», «el dúo», el «terceto», «las seguidillas manchegas», «la lección de la maja», «la calesera de Lavapiés», «el coro» y el final del acto tercero, han conseguido los máximos honores de la reproducción. Algunas sirven de fondo y motivo a no pocos bailables.